

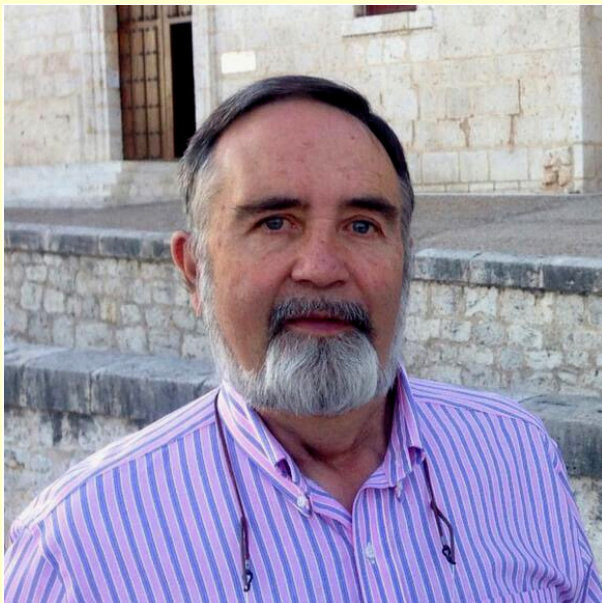
## In memoriam

# Luis Bailón: lección de ciencia y vida

**Helena Castán**

Dpto. de Electricidad y Electrónica. Universidad de Valladolid

El profesor Luis Bailón, tras una vida enteramente dedicada a la Universidad de Valladolid, nos dejó el pasado 2 de septiembre de 2016.



A menudo sucede que las mejores lecciones, las que se aprenden de verdad y para siempre, no son lecciones de ciencia, sino lecciones de vida. Pero también es cierto que esa clase de lecciones son impartidas por grandes maestros que acaban siendo referentes no sólo por su sabiduría, sino también por su excepcional calidad humana. Si tuviéramos que destacar una de esas decisivas enseñanzas, la mayoría de las personas que hemos tenido el privilegio de desarrollar nuestra actividad cerca del profesor Luis Bailón nos decantaríamos por alguna que aprendimos a su lado. Recordaríamos aquellas frases dichas con naturalidad y modestia, siempre con máximo respeto, jamás sonando a consejo, que se prendieron para siempre en nuestra memoria. El secreto de esas lecciones estriba en que alcanzan por igual la mente y el corazón, y encierran tanto una certeza analítica como una verdad

ética. Y sólo una persona dotada de sabiduría y humanidad puede generarlas y transmitir las.

En el momento de la despedida he oído destacar muy especialmente y a todo tipo de personas el bondadoso carácter de Luis Bailón. El hombre bueno por delante del catedrático brillante autor de más de un centenar de artículos científicos en revistas de impacto y ganador del premio de Investigación del Consejo Social de la Universidad de Valladolid. No cabe duda de que su personalidad detallista, sus ademanes siempre elegantes, sus gestos rebosantes de humanidad, han dejado huella en cuantos le tratamos. Fue siempre un ejemplo de fidelidad y lealtad, cultivaba minuciosamente las amistades y no faltaba a ningún encuentro o conmemoración, fuera con los compañeros de promoción, amigos de la infancia, o las peñas de su barrio. Acompañaba y apoyaba hasta el final a los amigos y compañeros que iba perdiendo, y nunca dejaba de prestar atención a sus familias, por mucho tiempo que transcurriera. Poseedor de una memoria prodigiosa, tenía siempre en mente fechas y acontecimientos, y recordaba con exactitud los gustos personales y las aficiones de las personas que le rodeaban, por eso era tan certero en sus comentarios y apreciaciones. Se alegraba muy sinceramente de los éxitos de los demás, estaba atento a los momentos decisivos de la vida de los otros, y pasara lo que pasase transmitía una visión positiva. Ante alguna prueba difícil que le tocó afrontar, exhibió inteligencia aplicando la mejor receta: "No ofende quien quiere sino quien puede"; doy fe de que en los muchos años que estuve a su lado nadie pudo ofender a Luis Bailón. Jamás cayó en la amargura ni en el escepticismo, y si alguien a su alrededor sucumbía a esos sentimientos sus palabras siempre eran: "Cada vez que se cierra una puerta se abre una ventana, búscala y respira por ella".

Su temperamento marcó a las muchas generaciones de estudiantes que aprendieron con él la Física de los Semiconductores. Fue un profesor riguroso, a menudo provocador, que exigía un compromiso con el esfuerzo y la tarea bien hecha y no permitía que los alumnos intentaran pasar desapercibidos. En su asignatura había que involucrarse, acatar su estricta distribución de roles en el

aula, y estar dispuesto a hacer de las zonas de Brillouin y de los materiales de gap indirecto una cuestión de fuerza mayor. Sus planteamientos y exigencias resultaban arduos, pero sus antiguos alumnos coincidimos en reconocer que lo que en un principio se antojaba una dura travesía en soledad se acababa convirtiendo en una marcha guiada por él y salpicada de anécdotas inolvidables que nos conducía a la comprensión de conceptos y fenómenos aparentemente inaprehensibles. El hecho añadido de que no olvidara rostros ni nombres lo convirtió en un profesor especialmente recordado y muy visitado por alumnos de años atrás, a los que dispensaba un trato siempre afable y cordial. Profundamente vocacional, a menudo repetía la frase: "Si volviera a nacer, volvería a ser físico". Y añadía: "Y volvería a gestionar las pruebas de acceso a la Universidad". De esta labor se sentía especialmente orgulloso por la oportunidad que le dio de conocer y tratar a profesores de otras facultades y de enseñanza media, y al personal de administración. En esa etapa fraguaron relaciones que han perdurado a lo largo del tiempo. Todos los que lo conocieron en alguna circunstancia puntual o coincidieron con él en un evento concreto lo recuerdan. Profesores e investigadores del Área de Electrónica, de la que era el catedrático más antiguo, no olvidan a aquel miembro del tribunal de su tesis o de su oposición que aunaba extrema cortesía, comprensión y empatía.

Era un hombre optimista que disfrutaba de cuanto la vida le ofrecía. Si viajábamos a un congreso se mostraba ilusionado y todo lo encontraba atractivo e interesante; si planteábamos nuevos proyectos los asumía con entusiasmo. Se apuntaba a todas las propuestas, nunca decía que eso no era para él, o que ya estaba cansado de ciertas cosas o frases semejantes; por el contrario, su reacción era: "¿Qué puedo hacer yo?". Ello no quiere decir que él no tuviera iniciativas, sino que fomentaba que los que venían detrás de él fueran adquiriendo responsabilidades, pero siempre con su firme apoyo en segundo plano. Esta postura es un indicativo de la enorme generosidad que siempre gravitaba en sus relaciones humanas. Como investigador que trabajaba en un laboratorio experimental, hacía gala de una mente imaginativa y de una gran intuición, y era muy amante de lo que él llamaba "cacharrear"; reconocía que le faltaba paciencia para el trabajo metódico, y no tenía inconveniente en dejárnoslo a otros, por eso su figura iba y venía, entraba y salía, con un despliegue de energía que acababa dejando sin aliento a sus colaboradores. Pero siempre encontraba un momento de sosiego para tomar un café a media mañana. En esos cafés que algunos de nosotros hemos tenido la suerte de compartir durante años aparecía su faceta más humana; hablaba de su familia, contaba innumerables anécdotas de "cuando yo era joven", pero también le gustaba escuchar. Lo hacía con empatía, mostrando curiosidad e interés cualquiera que

fuera el tema que se planteara, y sin ofenderse ni escandalizarse ante opiniones en ocasiones muy diferentes a las suyas: siempre defendió el debate de ideas entre personas con criterio propio.

No se perdía charla o conferencia de sus queridos y admiradísimos compañeros de la Facultad de Ciencias, de la que un día fue Decano. Atesoraba firmas autógrafas en sus libros, seguía sus blogs, estaba al tanto de los logros científicos o académicos de todos, y siempre era de los primeros en felicitarlos. En los últimos meses he podido comprobar que ese respeto y admiración eran recíprocos. Se ha ido demasiado pronto, pero se ha ido tranquilo y en paz, rodeado de los exquisitos cuidados de su familia y de un formidable despliegue de amistad. Siempre dijo que dormía muy bien porque tenía la conciencia tranquila, y así descansa ahora en su último sueño. Tendremos que acostumbrarnos a afrontar las horas sin ese soplo de energía, sin su aliento. Tendré que acostumbrarme a que cada mañana, cuando lleguen las nueve menos diez, ya no se abra la puerta de mi despacho y entre como una exhalación haciendo algún comentario alegre o incluso un chiste, y se retire a continuación tan rápido como llegó, sin dar tiempo a contestar, diciendo con gesto pícaro "... era una broma, ¡ahora a trabajar!", dejando tras de sí, flotando en el aire, la resonancia de su voz jovial e inconfundible.

